

ocultó demasiado la podredumbre que corroe á las sociedades humanas cuando les falta el aire purificador de la libertad. Pero su vida entera, con el esplendor que le da el culto prestado desde la infancia á los principios de la revolución, y el arte con que en la edad madura ha sabido fundar la República, le alzan, no solamente á la categoría de los bienhechores de su patria, sino también á la categoría de los bienhechores que haya podido tener la humanidad entera. Quien estas líneas escribe y este prólogo concluye, ha alcanzado, sin merecerlo ciertamente, la amistad de este grande hombre en los días más gloriosos de su

historia, en el esplendente ocaso de su vida, circundado por tan esplendorosos arreboles; y debe decir que le ha visto siempre fiel á la obra capital de su nación, al espíritu y á la historia de esta época revolucionaria, la cual, á medida que los años pasan y que el tiempo la transfigura, pierde todas sus manchas, se lava de toda la sangre derramada, quebranta los recuerdos nefastos, y entra á vivir en la conciencia de la humanidad y en el agradecimiento de las generaciones.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 14 de noviembre de 1879.

PREFACIO

«Acometo la publicación de una obra enorme por sus consecuencias, llena de los más terribles combates, de las sediciones más abominables, así como de los días más gloriosos y pacíficos.» Esto decía el célebre Tácito al empezar su *Historia*, y esto podemos repetir nosotros tratándose de la *Historia de la Revolución francesa*. ¡Cuántos hombres han sucumbido en esas luchas ardientes, pero también cuántas libertades inmortales han sabido conquistar los dolores y la voluntad de un gran pueblo! Y en tanto que la libertad se funda á costa de tantos esfuerzos, de batallas ganadas, de batallas perdidas por tierra y por mar, la fortuna vacila entre el crimen y la virtud. Añádase á esto las luchas en las calles y las luchas en la tribuna, la monarquía más antigua expirante en el cadalso, y podrá afirmarse que el sol no ha alumbrado ni alumbrará jamás tantas tristezas y tantos esplendores.

¡La revolución! ¡Qué abismo tan insondable y al propio tiempo qué espectáculo tan interesante! Por un lado, el año de gracia y de emancipación 1789 dictando al género humano la Declaración de los derechos del hombre; por otro, el sangriento fanatismo de 1793. En este momento de terrible expiación, no hay roca perdida en el seno del Océano, por pequeña que sea, que no se convierta en lugar de destierro. La nobleza, la fortuna y los antiguos honores han llegado á ser un crimen capital; la virtud un justo motivo de proscripción; el mundo pertenece á los delatores. Todo el que tenga en su familia un juez, un sacerdote, un capitán, puede darse por perdido: no se conoce más Dios que la fuerza, ni más señores que el odio y el miedo. El amigo cierra la puerta al amigo... y gracias á que el padre reconozca á su hijo: gracias á que el hijo reconozca á su padre. ¡Ah! ¡Miseria, espanto y confusión!

Por otra parte no queda nada en su centro. Desconócese absolutamente el derecho, el deber, la justicia y el Evangelio; desaparece la alegría; no resuenan ya las plácidas canciones; olvídanse las Bellas Artes, y de un extremo á otro de la ciudad enmudece el murmullo de las sabrosas pláticas, llenas de exquisita gracia y de apasionado encanto. Todo es fúnebre crespón, y bruma, y misterio, y tenebrosa noche; ya no queda esperanza en la tierra, ni una sola estrella en el cielo, hasta el día en que, semejante á la blanca paloma conductora del pacífico ramo de olivo, vuelva á aparecer esa libertad, nuestra madre indispensable, que nosotros hemos defendido, y que tan cara han pagado nuestros padres. Tal es el lado cruel y terrible de esta historia: no existe un hombre tan animoso que pueda contemplarlo sin palidecer. ¡Cuántos verdugos, cuántas víctimas, cuánta sangre derramada! Sin embargo, en el momento en que con más furia ruga la tormenta, se ve una inesperada claridad; mas ¡ay! esa claridad no es la precu-

sora del ansiado día; aún estamos muy lejos de la plácida luz, si bien es ya cierta blancura, vecina del cielo. ¡Loado sea Dios! No todo fué crimen, abyección y vileza en esas tempestades de todas las venganzas desencadenadas. Aun en medio de tan graves desórdenes hemos visto brillar heroicas virtudes, valerosos hechos, y más de un ejemplo en el que se reconocía la pristina majestad de la naturaleza humana.

¡Sí; en aquella ruina inmensa hubo súbditos que defendieron á su señor con las armas en la mano, que lo acompañaron, llenos de lágrimas los ojos, hasta el mismo cadalso. Hallándose la reina de Francia presa en la Conserjería, como se le cayese cierto día un zapato al patio, alargó la mano á los presos para que le devolviesen aquella prenda que trataba de conservar cuanto podía. Todos aquellos caballeros, poniéndose de hinojos ante la cautiva, besaron sucesivamente el zapato de la reina y se lo devolvieron bendiciéndola á porfía. ¿Hay algo más conmovedor que este detalle, en el cual se huelga el alma antes de presenciar los horrores del día siguiente? Pero, porque haya habido grandes culpables durante la época del Terror, no insultemos á la Revolución francesa. ¡Es santa! ¡Ha salvado el mundo! Mengua y baldón para el historiador que, en vista de tan grandes ejemplos, ofrecidos lo mismo desde las altas esferas del poder que desde los bancos del pueblo, hiciera pagar á los inocentes las culpas de los verdugos.

Debemos ser justos diciendo que, hasta en el exceso del Terror, resplandeció el exceso de la piedad, el exceso del honor. Al considerar el valor con que morían los señores del derrumbado feudalismo, creeríase que habían comprendido que debían dar aquel ejemplo supremo, y que en su muerte triunfante y desdenosa estaba implantado el respeto de la raza antigua. ¡Ah! ¡Cuántos asesinatos, pero también cuántos salvadores! ¡Qué llamamientos á las armas! ¡Qué clamor tan profundo é irresistible el de todo un pueblo que se lanzaba á las fronteras cantando *la Marsellesa*, ese canto de gloria!., mientras las ciudades enemigas, domeñadas de antemano, se apresuraban á abrir sus puertas á aquellos héroes.

En la contemplación de aquella época ilustre y funesta en que el valor y la libertad, la delación y el sacrificio, el énfasis y el buen sentido, la palabra y el asesinato llegaron al último y más violento extremo; en esa doble corriente de heroísmo y de crueldad, de clemencia y de terror, es donde se encuentran las más variadas y diversas emociones, en una palabra, todo el espectáculo de un libro de historia, escrito bajo la inspiración de historiadores maestros, y representada *ad vivum* en una serie de composiciones sinceras, pero llenas de la energía y de la violencia de aquellas gloriosas jornadas que el grabado y la pintura nunca re-

producirán lo bastante, ya como saludable enseñanza, ya como justo castigo. Considérense esos grandes culpables, contémpense esas sublimes virtudes. ¡Olvídemos á Marat! ¡Saludemos á Carlota Corday!— Tal, diremos, era Robespierre... ¡Y tal era madama Roland! Esas imágenes, esos fantasmas, esos espectáculos de las tumultuosas calles y de los desórdenes de la Asamblea vendrán á ser otros tantos puntos de referencia en este libro extraño, en el que jamás le falta una disculpa al verdugo, ni compasión, respeto y lágrimas á la víctima.

«Os envío, escribía Bossuet á su amigo el mariscal de Bellefonds, dos cabezas de muerto bastante conmovedoras.» Se refería á la oración fúnebre de Enriqueta de Inglaterra y de su madre, la digna esposa de Carlos I. «Dos cabezas de muerto bastante conmovedoras,» decía. A millares las tenemos nosotros en estos relatos, llenos de inefable emoción; la reina, madama Isabel, la princesa de Lamballe y el delfín mártir. Bossuet, asustado, no se habría atrevido á comparar sus cabezas de muerto con éstas.

El espectáculo ardiente de la Revolución francesa debe aparecer al alma, á los ojos del lector, bajo su doble aspecto; en su gloria y en sus excesos, en su heroísmo y en sus crueldades. Por esto Mr. Thiers, el verdadero historiador, ha escrito una historia valiente, por decirlo así, implacable y llena de abnegación, aglomerando todas las generosidades sobre todas las injusticias, presentando de relieve esas cabezas soberbias, esas cabezas furiosas, los oradores de la tribuna y del club, las comadres de callejuela y las princesas de Versalles, el hijo del pueblo y el barón feudal, el diputado, el bullanguero, el guardia de corps, el delator, el héroe: una historia donde descuellan los girondinos y los terroristas; donde aparece claramente retratada la dominante figura de Mirabeau; donde se ve al orgulloso Dantón inclinar su cabeza implacable ante esta sola palabra, que es su sentencia: ¡Septiembre!, justo eco de sus remordimientos. ¡Desgraciados! ¡Cada uno de ellos lleva en sí mismo su castigo, su pena, y la palabra que le mata! En tan poco tiempo, en tan pocas horas, pasan de la victoria á la derrota, del triunfo al suplicio.

Ayer todavía iban en busca del general triunfante en medio de su ejército y le entregaban al acusador público; ayer aún hacían comparecer al rey de Francia ante su barra, y le enviaban al cadalso con las manos atadas con una cuerda. Hoy se hacen sospechosos á su vez, sospechosos y condenados, y buscan, apelando á la audacia ó á la fuga, un breve aplazamiento á su castigo..., porque han de morir, han de satisfacer su deuda, han de dar su cabeza al Terror. Aquellas cabezas soberbias llenaron el mundo aterrado con el estruendo de su caída. Y cuando, por último, se disipen las sangrientas tinieblas de la noche en esa Francia entregada á la desesperación y al llanto, cuando los terroristas, girondinos, revolucionarios, Comuna y Convención se hayan cansado de destruirse mutuamente, y cuando los desterrados, los condenados, las doncellas, los ancianos y hasta los niños hayan disputado su vida ó sucumbido generosamente en una lucha implacable, entonces Dios se apiadará de la Francia y expulsará de ella la violencia y la matanza al entusiasta rumor de lejanas victorias.

Entonces los poetas harán oír al pueblo consolado las dulces palabras por tanto tiempo proscriptas: ¡Esperanza y piedad! ¡humanidad, clemencia! Entonces la sociedad, recobrada su calma, se atreverá á defenderse, á llamar en su auxilio á la justicia. Al propio tiempo aparecerán de nuevo las antiguas virtudes: la fuerza y la esperanza, el derecho y el deber, la caridad, la oración, y esos arrebatos casi divinos que el dulce aunque momentáneo sosiego produce en las almas bien templadas. ¡Es el día, es la luz vivificadora! A estos inesperados y claros fulgores aparecen de nuevo los grandes caracteres, los espíritus graves, la honradez, el trabajo, el plácido ejercicio de las Bellas Artes, la satisfacción de sí mismo, y en adelante, consolados por la gloria, alentados por la luz, y confiados en la libertad conquistada á costa de tantos dolores y de tantas luchas, seguiremos, llenos de celo y de fe, en sus libres senderos, á esos oradores, á esos guías de los pueblos libertados, á esos sabios consejeros que la Providencia conserva siempre de reserva en los tesoros de su bondad.

JULIO JANIN.

A MIS LECTORES

Me propongo escribir la historia de una revolución memorable, que ha perturbado hondamente á los hombres, siendo la causa de que aún hoy estén divididos. No se me ocultan las dificultades de la empresa, porque vuelven á despertarse pasiones que se creían ahogadas bajo la influencia del despotismo militar. Hombres agobiados por la edad y los trabajos sintieron renacer de pronto en su alma mal adormecidos enojos, que nos han legado como una herencia; pero si debemos defender su misma causa, no por eso hemos de abonar su conducta, y juzgando á los que han servido bien ó mal la libertad, tenemos la ventaja de haber oído y observado á esos ancianos que, entregados á sus recuerdos y agitados aún por sus impresiones, nos revelan el espíritu y carácter de los partidos, enseñándonos á compren-

derlos. El momento en que los actores van á expirar será tal vez el más propio para escribir la historia; se puede invocar su testimonio sin participar de todas sus pasiones.

Como quiera que sea, he procurado ahogar en mi alma todo sentimiento de odio; me he figurado que, nacido en humilde choza, y animado de una noble ambición, quería adquirir lo que el orgullo de las altas clases me había negado injustamente; ó bien que, educado en los palacios y heredero de antiguos privilegios, me era doloroso renunciar á una posesión que consideraba como legítima propiedad. De este modo no podía irritarme ya; he compadecido á los combatientes y me he consolado adorando á las almas generosas.

A. THIERS.

REINADO DE LUIS XVI

ESTADOS GENERALES. ASAMBLEA CONSTITUYENTE

CAPÍTULO PRIMERO

Estado político y social de Francia á fines del siglo XVIII. — Advenimiento de Luis XVI. — Maurepas, Turgot y Necker, ministros — Calonne, Asamblea de los Notables. — De Brienne, ministro. Oposición del Parlamento, su destierro y su llamamiento. — Destierro del duque de Orleáns. — Arresto del consejero d'Esprenmil. — Llamamiento de Necker, quien reemplaza á Brienne. — Nueva Asamblea de los Notables. — Discusiones relativas á los Estados Generales. — Formación de los clubs. — Causas de la revolución. — Primeras elecciones de diputados á los Estados Generales. — Incendio de la casa Reveillon. — El duque de Orleáns: su carácter.

Conocidas son las revoluciones de la monarquía francesa: sábase que los griegos primero, y los romanos después, llevaron al seno de las Galias semisalvajes sus armas y su civilización; que en pos de ellos los bárbaros plantearon allí su jerarquía militar, y que esta jerarquía, transmitida de las personas á las tierras, quedó como arraigada, formándose de este modo el sistema feudal. Dividióse la autoridad entre el jefe feudal, llamado rey, y los jefes secundarios, llamados vasallos, quienes eran á su vez reyes de sus súbditos. En nuestro tiempo, en que la necesidad de acusarse unos á otros ha hecho que se indaguen los agravios recíprocos, se nos ha enterado minuciosamente de que los vasallos disputaron en un principio la autoridad, cosa bastante frecuente en los que más inmediatos están á ella; que en seguida se la repartieron, lo cual formó la anarquía feudal, y por último, que volvió al trono, donde se concentró transformada en despotismo, en tiempo de Luis XI, Richelieu y Luis XIV.

El pueblo francés se había emancipado progresivamente merced al trabajo, que es la primera fuente de la riqueza y de la libertad. Agrícola primero, comercial é industrial después, adquirió tal importancia que constituyó la nación entera. Habiendo logrado á fuerza de súplicas tomar asiento en los Estados Generales, presentóse en ellos de rodillas para ser repartido á *merced y misericordia*; mas al poco tiempo Luis XIV hizo saber que no le cuadraban asambleas tan sumisas, y así lo declaró ante el Parlamento calzando botas y empuñando un látigo. Desde entonces se vió á la cabeza de la nación un rey dotado de un poder mal definido en teoría, pero absoluto en la práctica; grandes que se desprendieron de su dignidad feudal por obtener el favor del monarca, y que apelando á la intriga se disputaban la parte de la substancia del pueblo que querían darles; más abajo, una población inmensa sin otras relaciones

con la aristocracia real que una sumisión habitual en ella y el pago de los impuestos.

Entre la corte y el pueblo se hallaban los Parlamentos, investidos de la facultad de administrar justicia y tomar nota de las disposiciones del monarca. Pero la autoridad continuaba siendo objeto de disputas, cuando no en las asambleas legítimas de la nación, en el mismo palacio del rey. Es sabido que los Parlamentos suspendían los efectos de la voluntad real en el mero hecho de negarse á tomar nota de ella ó registrarla, lo cual terminaba por una transacción cuando el rey era débil, ó por una sumisión cuando se mostraba fuerte. Jamás tuvo Luis XIV que transigir, porque durante su reinado ningún Parlamento se atrevió á dirigirle la menor observación; arrastró tras de sí á la nación, la cual le ensalzó hasta las nubes por los prodigios que ella misma hacía en las guerras, en las artes y en las ciencias. Entre los súbditos y el monarca hubo perfecta igualdad de pareceres, y unos y otros se encaminaron hacia un mismo objeto.

Apenas expiró Luis XIV cuando el regente dió ocasión á los Parlamentos para que se vengaran de su prolongada nulidad. La voluntad del monarca, tan respetada en vida de éste, fué violada después de su muerte, y su testamento hecho pedazos. Púsose entonces la autoridad en litigio, iniciándose una interminable lucha entre el Parlamento, el clero y la corte, ante una nación aniquilada por continuas guerras y cansada de pagar las prodigalidades de sus señores, que pasaban su vida entregados á los placeres ó á su afán de pelear. Hasta entonces no había tenido genio sino para servir al monarca en sus necesidades ó en sus deleites; entonces lo tuvo para su propia conveniencia, y lo utilizó para examinar sus intereses. El espíritu humano pasa sin cesar de un asunto á otro. El genio francés pasó desde el teatro, desde la cátedra religiosa y fúnebre, á las cien-